

LIBRO VIII.

Desechados todos los errores, encendido con los consejos de Simpliciano, con los ejemplos de Victorino, de Antonio, de los dos magnates y de otros siervos de Dios; despues de una gran contienda y lucha con la concupiscencia, y una dificultosa deliberacion; amonestado con una voz divina, y leidas las palabras de san Pablo en la epístola á los romanos (cap. XIII, 13 y 14) se convirtió todo á Dios, imitándole Alipio, y alegrándose mucho su madre.

CAPÍTULO I.

Determina Agustin ir á verse con Simpliciano, movido del deseo de disponer y arreglar mejor su vida.

1. Justo es, Dios mio, que yo recuerde y confiese las misericordias que habeis usado conmigo, y os muestre en accion de gracias mi reconocimiento. *Penetrados y llenos de*

vuestro amor todos mis huesos, deben clamar diciendo: Señor, ¿quién hay semejante á Vos? Pues rompisteis mis lazos y prisiones, correspondo yo ofreciéndooos sacrificio de alabanza. Voy á referir el modo con que me las rompisteis, para que oyéndolo todos aquellos que os adoran, digan: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra: grande y maravilloso es su nombre.

Todas vuestras palabras se me habian quedado impresas en el corazon, y me hallaba cercado y sitiado de Vos por todas partes. Yo estaba muy cierto de vuestra vida eterna: pues aunque la habia visto *confusamente y como por un espejo*, no me habia quedado duda alguna acerca de la existencia de una sustancia incorruptible, por haber dimanado y procedido de ella todas las demás sustancias; y ya no deseaba estar mas certificado de Vos, sino estar mas firme y constante en Vos. Pero acerca del género de vida que habia de seguir, se me ofrecian mil dudas y dificultades; y conocia que era necesario limpiar primero mi corazon de la antigua levadura que me le tenia acedado y corrompido. Me agradaba el camino que debia seguir, que es el mismo

Salvador; pero todavía estaba perezoso para entrar y pasar lo que tiene de estrecho ese camino.

Vos, Señor, me inspirásteis entonces el pensamiento (que á mí me pareció bueno y oportuno) de ir á verme con Simpliciano ¹, que le tenia por fiel siervo vuestro, y resplandecia en él vuestra divina gracia. Tambien habia oido decir, que desde su juventud estaba dedicado y consagrado á Vos, y siendo entonces ya anciano, me parecia que en una edad tan larga, que habia empleado en tan buenos ejercicios de vuestra ley, estaria muy práctico, experto y muy instruido en ella; y verdaderamente era así como yo lo pensaba.

Por eso queria yo que me dirigiese, y despues de comunicarle mis deseos, me manifestase qué modo de vida seria el mas á propósito á quien se hallaba en la disposicion que yo tenia para seguir vuestra ley, observando aquel método que él me señalase.

2. Porque yo veia la iglesia llena de fieles, y que unos iban por un camino, y otros iban por otro; pero á mí me desagradaba el método y ocupacion que yo seguia en el si-

glo, y era para mí una carga insoportable, despues que cesaron de inflamarme, como solian, mis deseos con la esperanza de adquirir honra y dinero, para tolerar aquella sujecion y servidumbre tan gravosa. Ya no me deleitaba cosa alguna de esas en comparacion *de vuestra dulzura y suavidad, y de la hermosura de vuestra casa que amaba mas que todo esto*; pero aun me sentia atado fuertemente con el amor á la mujer; ni el Apóstol me prohibia el casarme, aunque me exhortaba á lo mejor y mas perfecto, queriendo principalmente y deseando que todos los hombres fuesen libres como él lo era. Pero yo, como mas flaco, escogia lo mas blando y suave; y lo que hacia que me portase en todo lo demás con languidez y me consumiese con molestos cuidados, era solamente el considerar, que la vida conyugal, á la que yo estaba tan inclinado y rendido, tenia anejas muchas cosas que no queria padecerlas ni sufrirlas. Bien sabia yo que la Verdad misma habia dicho por su boca, *que hay hombres que á sí mismos se han hecho eunucos para conseguir el reino de los cielos*; pero añadió tam-

bien que esto lo ejecute el que tuviere fuerzas para ejecutarlo.

Vanos son ciertamente todos aquellos hombres que no tienen conocimiento de Dios, y que de todas estas cosas y criaturas buenas que están viendo, no han podido llegar á conocer al que verdaderamente existe. Pero yo no estaba ya comprendido en el número de aquellos hombres vanos. Ya habia pasado mas adelante de aquella vanidad é ignorancia; y por la contestacion de todas vuestras criaturas, habia hallado que Vos érais nuestro Criador, juntamente con vuestro divino Verbo, por el cual criásteis todas las cosas, el cual eternamente dimanando de Vos es Dios, que con Vos y el Espíritu Santo no hace mas que un solo Dios verdadero.

Hay otra clase de gentes impías y pecadoras, que habiendo conocido á Dios, no le glorifican como á Dios, ni le dan las gracias que le son debidas. Tambien en esta impiedad habia yo caido; pero vuestra diestra me recibió y levantó, y además de sacarme de aquel atolladero, me puso en lugar acomodado y propio para que convaleciese de tan peligrosa caída; porque me hicisteis saber

aquella sentencia en que dijisteis al hombre: *Mira que la piedad es verdadera sabiduría; y tambien aquella otra: No quieras parecer sabio; porque los que dicen que son sábios, ellos mismos se hacen necios.* Por lo cual es cierto que ya habia hallado aquella perla preciosa, que habia de comprarse vendiendo cuanto tuviese, pero aun no me resolvía á ejecutarlo.

NOTA.

San Simpliciano fue enviado por san Dámaso á Milan, para que ayudase á san Ambrosio, recién electo obispo de aquella Iglesia. Era muy sabio, habia hecho muchos viajes para instruirse en varias materias, y no cesaba de leer y de estudiar. San Ambrosio le dedicó varias obras suyas; y le sucedió á san Ambrosio en el obispado, al cual fue promovido en el año 397. Era grande la fama de su virtud y sabiduría, como insinúa aquí san Agustín, y se conoce tambien porque los concilios de África y de Toledo no determinaban cosa alguna de importancia, sin haberla tratado y consultado antes con san Simpliciano. Murió lleno de años y méritos por el mes de mayo del año 400. Toda la religion agustiniana reza de él en el dia 13 de agosto.

CAPÍTULO II.

De como Victorino, célebre orador romano, se convirtió á la fe de Jesucristo.

1. Fui, pues, á buscar á Simpliciano, que habia sido padre espiritual de Ambrosio (ya entonces obispo), por quanto en el bautismo le habia conferido vuestra gracia, á quien amaba Ambrosio verdaderamente como á padre. Le hice relacion de mis extravíos, y de los rodeos y errados caminos por donde habia andado. Luego que le dije como habia leído algunos libros de los Platónicos, traducidos al latin por Victorino, que en los años anteriores fue profesor de retórica en la ciudad de Roma, y que segun habia oido murió cristiano; él se alegró mucho, y me dió el parabien de que no hubiese ido á dar con las obras de otros filósofos que están llenas de falsedades y engaños, propios de una ciencia enteramente mundana; pero en estos otros libros á cada paso y de todos modos se insinúa y da á conocer Dios y su divino Verbo.

Despues para exhortarme á la humildad de Cristo, *escondida á los sábios, y revelada á los pequeñuelos*, me propuso el ejemplo de Victorino¹, á quien él habia tratado muy familiarmente cuando estuvo en Roma; y me refirió de él lo que no pasaré en silencio; porque contiene grandes motivos para alabar vuestra divina gracia, como es justo y debido ejecutarlo.

Contóme, pues, como aquel doctísimo anciano, y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que habia leído tantas obras de filósofos, y las habia criticado é ilustrado; que habia sido maestro de tantos nobles senadores; que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma (que es lo mas glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo); que hasta aquella edad tan avanzada habia adorado y venerado los ídolos, y concurrido á celebrar las fiestas y sacrificios sacrilegos, con que casi toda la romana nobleza inspiraba ya entonces y enseñaba á todo el pueblo los mónstruos de todos los dioses egipcios, y entre ellos tambien á Anubis² con figura de

perro, los cuales en alguna ocasion tomaron las armas contra Neptuno, Venus y Minerva, deidades de Roma; y ella suplicaba ahora á aquellos mismos dioses contra quienes habia peleado y á quienes habia vencido; que finalmente por espacio de tantos años habia defendido todas estas idolatrias con su famosa elocuencia; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de vuestro Hijo Jesucristo, y renacer como nuevo infante en la fuente del bautismo, doblando su cuello al yugo de la humildad evangélica, y sujetándose á llevar en su frente la señal de la cruz, tenida antes por oprobio.

4. ¡Oh Señor, Señor, que inclinásteis los cielos y bajásteis á nosotros, que tocásteis los montes y exhaláron humo: con qué modos ó de qué manera os insinuásteis en aquel pecho!

Leía él, segun me contó Simpliciano, la sagrada Escritura, y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la religion cristiana, instruyéndose en ellas; y decia á Simpliciano, aunque no públicamente, sino en secreto y en confianza de amigo: *Sábet, que yo ya soy cristiano*; á lo que

Simpliciano respondia: *Yo no lo creeré, ni te contaré entre los Cristianos, hasta que te vea en la Iglesia de Cristo.* Pero él como burlándose decia: *¿Pues qué, son las paredes las que hacen cristianos á los hombres?* Y esto lo repetia muchas veces, diciendo que él ya era cristiano; y otras tantas le respondia Simpliciano lo mismo que antes; pero él volvía á burlarse, con decir, que eso no lo hacen las paredes.

Temia Victorino disgustar á sus amigos, soberbios idólatras que adoraban al demonio, que por ser muy poderosos, y hallarse constituidos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo, y eran como *elevados cedros del Libano*, que aun no habia el Señor derribado y deshecho; juzgaba que habian de caer sobre él con mas ímpetu y fuerza sus odios y enemistades.

Pero despues que con su estudio y leccion continua adquirió mas fortaleza, temió que Cristo no le habia de reconocer por suyo *en presencia de los santos Angeles, si él temia confesarle ahora delante de los hombres*: y conociendo que se hacia reo de un delito muy

grave, en avergonzarse de recibir los Sacramentos que vuestro Verbo humillado habia instituido, no habiéndose avergonzado de cooperar á los sacrílegos sacrificios y cultos inventados por la soberbia de los demonios, á quienes él soberbio tambien habia imitado, recibiendo las sacrílegas órdenes con que se dedicaban los hombres y destinaban al culto y sacrificios de los idolos; perdió la vergüenza que le era nociva, y le hacia perseverar en la vanidad mundana, trocándola en provechosa vergüenza de no seguir la verdad que conoció; repentinamente se resolvió, y sin pensar mas en ello, dijo á Simpliciano, segun este mismo contaba: *Ea, vamos á la iglesia, que quiero hacerme cristiano.*

Entonces, Simpliciano, no cabiendo en sí de alegría, marchó con él á la iglesia. Luego que se le catequizó y recibió toda la instruccion necesaria en los principales misterios de nuestra fe, de allí á poco dió su nombre para que se le escribiese en el catálogo⁴ de los que pedian ser reengendrados por el santo Bautismo, maravillándose Roma, y alegrándose la Iglesia. *Veian esto los soberbios, y se enojaban y enfurecian, rechinaban*

sus dientes de colera, y se consumian de rabia; pero vuestro siervo tenia puesta su esperanza en Vos, y no atendia á la vanidad de las doctrinas pasadas, ni á locuras tan falsas y engañosas.

5. Finalmente, cuando llegó la hora de hacer la profesion de la fe (que en Roma es costumbre hacerla en presencia de todos los fieles que concurren, con ciertas y determinadas palabras aprendidas de memoria, y pronunciadas desde un lugar eminente por los mismos que han de recibir en el bautismo vuestra gracia), le propusieron á Victorino los sacerdotes, segun contaba Simpliciano, que hiciese aquella profesion de la fe secretamente, como se solia conceder tambien á algunos, de quienes se juzgaba que por vergüenza se retraerian de hacerlo en público; pero que él prefirió hacer la profesion de la fe y de la doctrina de su salud públicamente y á presencia de aquella multitud de fieles, conociendo que su salvacion no estaba en la retórica que enseñaba, ni en los errores que hasta entonces habia profesado públicamente en Roma. Y á la verdad, ¡cuánto menos tenia que temer al manso rebaño

vuestro al decir y pronunciar vuestras palabras el que usando de las suyas propias no habia temido ni respetado tropas enteras de locos!

Así luego que subió al sitio determinado para hacer la profesion de la fe, todos los que allí estaban, segun que cada uno le iba conociendo ⁵, mutuamente unos á otros le iban nombrando con ruidosa aclamacion de enhorabuena. Pero ¿quién habia allí que no le conociese? Así entre todos formaban una voz y murmullo, con que alegres y festivos decian: *Victorino, Victorino*. Tan presto como se levantó aquel murmullo con la alegría que causó á todos el verle, tan presto cesó repentinamente con el deseo de oírle. Pronunció él con noble y excelente confianza su protestacion de la fe verdadera, y todos querian arrebatárle y meterle dentro de sus corazones; y efectivamente lo conseguian con el amor y el gozo que mostraban: estos afectos eran las manos que le arrebataban y metian dentro de las almas.

NOTAS.

¹ Sobre las noticias y elogios de Victorino, que refiere aquí san Agustin de boca de san Simpliciano, puede añadirse lo que refiere san Jerónimo, que en el libro de los Escritores eclesiásticos dice, que se llamaba C. Mario Victorino; que era africano de nacion, y que enseñó en Roma la retórica en tiempo del emperador Constantino, y hácia los últimos plazos de su vida se hizo cristiano, admirándose Roma, y alegrándose la Iglesia, como dice san Agustin. Escribió varios libros contra los Arrianos, y tambien unos comentarios sobre las epistolas de san Pablo.

² En el texto latino dice el Santo: *Omnigenumque deum monstra, et Anubim latratorem*, que es puntualmente el verso de Virgilio: *Omnigenumque deum monstra, et latrator Anubis*. Y le llama *latrator*, porque Anubis en lengua egipciaca es lo mismo que *perro* en lengua castellana; y debajo de la figura de perro adoraban á Mercurio, como dice Servio sobre el citado verso de Virgilio (*Æn.* 8). Otros explican de otro modo esta fábula, diciendo que Anubis era un famoso capitan hijo de Osiris, que siguiendo á su padre en las expediciones que hizo (como de Hércules se dice que iba cubierto de la piel de un leon) «él se cubrió con la de un *perro*, «y le tenia por su divisa;» y que de aquí provino que los egipcios diesen la preferencia al perro entre los demás animales de que ellos formaban su apotheosis; pero que perdieron esta preferencia, cuan-

do habiendo Cambases hecho matar y arrojar al dios Apis, fue el perro el único que se le comió. No obstante perseveró el culto del perro en *Cinopolis*, que era la ciudad capital (y quiere decir *ciudad de perros*), que estaba consagrada á aquel animal, y sus habitantes conservaban un fondo considerable, de donde se sacaba para el sagrado alimento de los perros, como dice Diodoro Sículo, libro 4.

³ Los romanos, y generalmente todos los gentiles, creían que cada reino, cada estado, cada provincia, cada ciudad, y en una palabra, cada lugar, estaba bajo la protección de algunas deidades particulares, que velaban para su conservación. No obstante, los romanos peleaban contra todos aquellos reinos, ciudades y pueblos, los sujetaban y triunfaban de ellos; y por consiguiente triunfaban de aquellos dioses que eran protectores de aquellos lugares, y se tenían por vencedores de ellos. Sobre cuyo supuesto se funda la sátira que les hace á los romanos san Agustín ya en este cap. diciendo, que Roma suplicaba y ofrecía sacrificios á aquellos mismos dioses contra quienes había peleado en otro tiempo, y á quienes había vencido, y ya también en el lib. 1 de la Ciudad de Dios, cap. 3, donde los satiriza del mismo modo, haciéndoles ver la inconsecuencia con que procedían en sus idolatrias, pues les atribuían poder para defenderlos á ellos, cuando no le habían tenido para defenderse á sí mismos de ellos, ni para defender aquellos pueblos de quienes se suponían protectores, y habían sido vencidos y avasallados por los romanos. Con lo cual se entenderá bien todo este pasaje de san Agus-

tin, que se les hacia oscuro á los que no tienen alguna tintura de mitología.

⁴ Como en aquel tiempo no se daba el Bautismo por lo comun sino en los sábados de la vigilia de Pascua y de Pentecostes, aquellos que habían de recibirlo, eran obligados á dar antes su nombre, para que se les pusiese en la matrícula de los que habían de ser bautizados, y el obispo y clero hiciesen con ellos aquellas diligencias preparatorias, exámenes, escrutinios y ceremonias que se usaban, como se ha insinuado en el cap. ix del libro I, y se dirá mas abajo.

⁵ La ciencia de Victorino y sus escritos, sus discípulos, y la estatua que se había erigido para su memoria en la plaza de Trajano, le hacían sumamente célebre y famoso. El profesó la retórica en Roma, no solamente bajo el imperio de Constantino, como se ha dicho antes, sino también en el imperio de Constancio y de Juliano apóstata. El tratamiento que se le daba era de *clarisimo*; título que no se daba sino á los senadores, y á las personas de la primera distinción y clase.

CAPÍTULO III.

Como Dios y los santos Angeles se alegran mucho de la conversion de los pecadores.

6. Oh buen Dios! ¿de dónde, Señor, proviene que un hombre se alegra mucho

mas de la salud de una alma que estaba sin esperanza de vida, ó que se ha libertado de un peligro grande; que si siempre hubiera estado con esperanza de su salud eterna, ó hubiera sido menor el peligro en que se hallaba? Tambien Vos, Señor, Padre misericordioso, *mostráis mayor alegría por un solo pecador que hace verdadera penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan.* Y nosotros con mucho regocijo oímos decir á san Lucas, cuán grande es la alegría de los Ángeles, viendo que la oveja perdida vuelve á su rebaño llevándola el pastor sobre sus hombros; y como dan el parabien las vecinas á la mujer que halló aquella dracma que habia perdido, y se vuelve á guardar en vuestro tesoro: y nos hace llorar de puro gozo la grande fiesta que hay en vuestra casa, cuando en ella se refiere de vuestro hijo menor: *Que habia muerto y resucitó: que se habia perdido y que volvió á parecer.* Lo cual demuestra que Vos, Dios mio, os alegráis en nosotros, y en vuestros Ángeles en cuanto santificados por una caridad santa; porque Vos, considerado solamente en Vos, siempre sois el mismo sin mudanza ni variedad algu-

na, que siempre y de un mismo modo conocéis todas las cosas, aunque ellas no sean siempre, ni de un mismo modo existan.

7. Pues ¿qué es, Dios mio, lo que pasa en el alma, cuando se alegra mucho mas con las cosas que ama, si las halla ó recobra, que si siempre las hubiera poseído sin perderlas? Y esto mismo lo contestan tambien las demás cosas, todas llenas de testimonios y ejemplos que lo comprueban, clamando y diciendo: *Así sucede, así es.*

Triunfa un emperador cuando ha vencido; y no venciera, si no hubiera peleado; y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto es mayor en el triunfo la alegría.

Acomete una tempestad á los navegantes; y al verse amenazados del naufragio, todos se ponen pálidos del miedo de la muerte que consideran cercana; pero serénase el cielo y tranquilízase el mar, y todos se regocijan sumamente, porque tambien sumamente temieron.

Cae enferma una persona amada, y el pulso indica una calentura maligna y peligrosa; con lo cual todos los que desean su salud enferman igualmente, en cuanto á la pena y

sentimiento que tienen en su alma. Hállase mejor y fuera de peligro; pero todavía no se ha restablecido ni ha recobrado sus antiguas fuerzas; y se alegran mucho mas de aquella mejoría, que de la salud y robustez que antes gozaba.

Aun los mismos deleites comunes y ordinarios de la vida humana los consiguen los hombres, mediante algunos disgustos y molestias, no de las imprevistas y que les sobrevienen sin quererlas, sino procuradas y buscadas voluntariamente y de propósito. No hay deleite en el comer y beber, sin que preceda la molestia de la hambre y de la sed, y por esto los bebedores de vino comen algunos bocadillos salados, con que se excita una sequedad y ardor molesto, que con beber se apaga, y al apagarse deleita. También es costumbre bien establecida, que las mujeres tratadas de casar no las entreguen sus deudos y parientes á los que han de ser sus maridos, inmediatamente que se hayan desposado; para que suspirando por ellas algun tiempo mientras son sus esposos, las amen y estimen mas cuando maridos.

8.º Esto mismo sucede en el deleite que

es torpe y execrable; esto mismo en el que es lícito y permitido; esto mismo en la mas pura, honesta y sincerísima amistad, y finalmente esto mismo sucedió en la conversion de aquel *que estaba muerto y resucitó, que se habia perdido y pareció*. Siempre á la mayor alegría precede mayor molestia. Mas ¿de qué proviene esto, Dios y Señor mio, cuando Vos no solamente sois para Vos mismo un sumo gozo inalterable y eterno, sino tambien algunas criaturas reciben de Vos y en Vos una alegría y felicidad perpétua? ¿En qué consiste que en las cosas de acá bajo hay esta alternativa de atrasos y adelantamientos, de enemistades y reconciliaciones? ¿Es acaso esta variedad propia de su ser y lo que solamente concedisteis á estas cosas, cuando desde lo mas alto de los cielos hasta lo mas profundo de la tierra, desde el principio del tiempo hasta el fin de los siglos, desde el Ángel supremo hasta el mas vil gusanillo, desde el primer movimiento que hubo hasta el último que ha de haber, ordenásteis todos los géneros de bienes, y todas vuestras obras cabales y perfectas, dándoles á todas sus convenientes lugares, y distribuyéndolas en sus

propios tiempos? ¡Ay de mí, Dios mio! ¡qué investigable grandeza teneis en las cosas grandes, y qué impenetrable profundidad en las pequeñas! ¡Vos nunca os apartais de vuestras criaturas: y con todo eso apenas andamos lo bastante para llegar á Vos!

CAPÍTULO IV.

Por qué razon debemos alegrarnos mas con la conversion de aquellos pecadores, que son personas nobles y principales.

9. Ea, Señor, hacedlo Vos todo: excitadnos, y volved á llamarnos: encendednos y arrebatadnos: arded en nosotros, y comunicadnos vuestras dulzuras, para que os amemos, y corramos tras de Vos.

¿No es cierto que vuelven á Vos muchos que estaban en un abismo de ceguedad mas profundo que aquel en que se hallaba Victorino, y se acercan á Vos y son iluminados, recibiendo áquella luz que á los que la reciben les da juntamente *potestad para hacerse hijos vuestros?* Pero si estos que se convierten á Vos son poco conocidos en los pueblos,

aun aquellos pocos que los conocen reciben menor alegría; porque cuando la alegría es de muchos, viene á ser mayor en cada uno de ellos, porque se la aumentan y comunican mutuamente los unos á los otros. Á esto se añade, que la conversion de los muy conocidos y famosos es de grande peso y autoridad, para que muchos procuren su salvacion, y vengan tambien muchos á seguir su ejemplo. Por esto aun aquellos que los han precedido se alegran mucho con la conversion de semejantes sujetos, porque la alegría que reciben no es por ellos solos, sino por todos los demás que han de imitarlos. No quiero decir con esto, que en vuestra casa, Señor, sean mas bien recibidas las personas ricas y nobles, que las pobres y plebeyas; pues antes bien *Vos mismo elegisteis los endebles y flacos del mundo, para confundir los fuertes y poderosos; y las cosas viles y despreciables de este mundo, y que son como si no fueran, las escogisteis para deshacer con ellas las que son principales en la estimacion del mundo.*

Peró no obstante esta doctrina, el mismo Apóstol por cuya boca nos enseñásteis estas

verdades, el cual se llama á sí mismo el menor de vuestros Apóstoles, teniendo antes el nombre de Saulo, quiso tomar el de Pablo ¹, para blason y señal de aquella grande victoria que consiguió, cuando con las armas de su predicacion venció y domó la soberbia del procónsul Pablo, y le redujo á sujetarse al suave yugo de vuestro Hijo Jesucristo, y á ser fiel vasallo y tributario humilde del Rey de todos los reyes. Porque mas vencido queda el enemigo del género humano, cuando se le quita uno á quien tenia mas poseido, y por quien poseia otros muchos; y cuanto mas poseidos tiene á los grandes por su orgullo y soberbia, tanto mas por el influjo de estos posee á otros por medio de su ejemplo y autoridad.

Por eso, cuanto mas gustosamente se consideraba el estado presente de Victorino, cuya alma habia sido antes un castillo inexpugnable del que el demonio se habia señoreado, y de cuya lengua se habia servido como de grande y aguda saeta para matar á muchos; tanto mayores demostraciones de gozo y alegría debian hacer vuestros hijos los fieles, viendo al fuerte aprisionado ya por nues-

tro Rey poderoso, que despues de quitarle los despojos que habia hecho, y las armas de que se habia servido, lo lavó y purificó todo, para que no solamente se pudiese emplear en honor vuestro, sino tambien ser útil y provechoso para cualquier obra buena.

NOTA.

¹ De este mismo sentir es san Jerónimo, diciendo, que el Apóstol tomó entonces el nombre de Pablo, para memoria del triunfo grande que habia conseguido, mediante la gracia y favor de Jesucristo Señor nuestro, convirtiendo á la fe al dicho Paulo Sergio, procónsul de la isla de Chipre: lo cual sucedió en el año 45 de Jesucristo. Otros dan otras razones para que tomase el nombre de Pablo, que se pueden ver en Baronio al año 36 de Cristo.

CAPÍTULO V.

Qué cosas eran las que detenian á Agustin, para no acabar de convertirse á Dios.

10. Luego que vuestro siervo Simpliciano me hizo esta relacion de Victorino, me encendí en deseos de seguir su ejemplo; y con este fin me habia él referido aquella his-

toria. Pero despues que prosiguió diciendo, como en tiempo del emperador Juliano se promulgó aquella ley rigurosa contra los Cristianos, en la cual se les prohibia que enseñasen letras humanas y retórica, y que Victorino conformándose con dicha ley, quiso mas abandonar la cátedra en que enseñaba la elocuencia, que dejar vuestra divina palabra, con *que haceis discretas y elegantes aun las lenguas de los niños que no saben hablar*: me pareció que no habia sido en esto tan fuerte y valeroso Victorino, como feliz y dichoso, por hallar una ocasion tan oportuna, para dedicarse únicamente á Vos.

Esto era á lo que yo anhelaba y por lo que suspiraba; pero estaba aprisionado no con grillos ni cadenas de hierros exteriores, sino con la dureza y obstinación de mi propia voluntad. El enemigo estaba hecho dueño de mi voluntad, y habia formado de ella una cadena, con la cual me tenia estrechamente atado. Porque de haberse la voluntad pervertido, pasó á ser apetito desordenado; y de ser este servido y obedecido, vino á ser costumbre; y no siendo esta contenida y refrenada, se hizo necesidad como naturaleza.

De estos como eslabones unidos entre sí se formó la que llamé cadena, que me tenia estrechado á una dura servidumbre y penosa esclavitud.

Y aquella nueva voluntad que comenzaba yo á tener de serviros graciosamente y gozar de Vos, Dios mio, que sois el único y verdadero gozo, no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad primera, que con el tiempo se habia hecho robusta y poderosa. Así estas dos voluntades, una antigua y otra nueva, aquella carnal, esta otra espiritual, batallaban entre sí, y con esta discordia disipaban y destruian á mi alma.

11. Este combate que yo experimentaba en mí mismo me hacia entender claramente aquella sentencia que habia leído en el Apóstol, que refiere como *la carne tiene deseos contrarios al espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á la carne*. Yo verdaderamente era el que obraba en uno y otro deseo; pero mas estaba yo en aquel que aprobaba en mí mismo, que en el otro que en mí desaprobaba; por cuanto en este mi voluntad no obraba con la misma eficacia, pues por la mayor parte mas era padecerlo con repugnancia y

violencia, que ejecutarlo espontáneamente. Pero ello es cierto que yo habia sido la causa de estas superiores fuerzas, que la costumbre tenia contra mí; pues queriendo yo, habia llegado á un estado en que no quisiera hallarme. Y siendo esto así, ¿cómo pudiera con razon quejarme del estado en que me veia, siendo una pena justa que corresponde al que peca?

Ya no me podia valer aquella excusa con que antes solia persuadirme á mí mismo, que el no acabar de despreciar el mundo y dedicarme á serviros, consistía en que aun no estaba cierto de haber hallado la verdad; porque entonces ya lo estaba. Mas atado todavía á las cosas de la tierra, rehusaba alistarme en vuestra sagrada milicia; y tanto temia el librarme de todos los impedimentos que me lo estorbaban, cuanto debiera temer el no estar libre de ellos.

12. Así con la pesada carga de las cosas del mundo me hallaba gustosamente oprimido, como sucede con un pesado sueño; así como los pensamientos con que meditaba en Vos, eran semejantes á los esfuerzos que hacen para despertar, los que están muy dor-

midos, que no pudiendo vencer aquella gana vehemente de dormir, vuelven á sumergirse en lo profundo del sueño. Y del mismo modo que no hay hombre alguno que quisiese estar siempre durmiendo, enseñándonos el buen juicio que es mejor velar que dormir; mas esto no obstante dilata algunas veces el hombre el sacudir el sueño, cuando le tiene rendido, ocupados y entorpecidos sus miembros; y aunque le desagrada dormir tanto, y sea llegada la hora de levantarse, vuelve á tomar el sueño con mas gusto; así yo estaba muy cierto de que era mejor entregarme á vuestro amor, que rendirme á mis deseos y apetitos. Aquello me agradaba, pero sin acabar de vencerme; y estotro tanto me deleitaba, que me ataba.

No tenia verdaderamente qué responderos, cuando os dignábais decirme por el Apóstol: *Levántate de ese profundo sueño en que te hallas, acaba de salir de entre los muertos, y recibirás la luz de Jesucristo.* Y como por todas partes me haciais conocer que todo cuanto me deciais era verdad; convencido de ella no tenia absolutamente qué responder, sino aquellas palabras lentas y soñolien-

tas : *Luego al punto, si, luego al instante : déjame estar otro ratito.* Pero este luego no tenia término, y el déjame otro ratito iba muy largo.

En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior ; porque otra ley que reside en los miembros corporales, repugnaba y contradecía á la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo á la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma á pesar suyo, en justa pena de haber ella caido voluntariamente en aquella costumbre.

Pues hallándome en tan miserable estado, ¿quién me habia de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?

CAPÍTULO VI.

Cuéntale Ponticiano la vida de san Antonio abad.

13. También quiero referir el modo con que me librásteis de aquel lazo estrechísimo

con que el deseo de mujer me tenia fuertemente atado, y de la servidumbre en que me tenian los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mio, mi amparo y Redentor.

Vivia yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los dias suspiraba en vuestra presencia ; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitian los negocios y ocupaciones que tenia sobre mí, y bajo de cuyo peso gemia.

Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, despues de haber sido tres veces asesor del magistrado ; y aguardando otros á quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendia la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.

Nebridio no pudo negar á nuestra amistad el encargarse de sustituir la cátedra de gramática que tenia Verecundo, familiarísimo amigo nuestro, y ciudadano de Milan ; el cual deseaba mucho, y lo pedía encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en